

EL CANTO DE LOS ANTEPASADOS

A Elicura Chihuailaf le importa escribir de sus sueños y espíritus, de la casa donde nació, situada en una colina, de los robles partidos en invierno, del sol “con dulzor a miel de ulmos” o del pan horneado por su abuela. En *De Sueños Azules y contrasueños* entrega una poesía en torno al Azul, el color de la flor mágica buscada por el romántico Novalis, que evidencia la vinculación entre naturaleza y hombre, por medio de una voz que ha alcanzado la calma, pero que no oculta las marcas de resistencia y fuerza identitaria.

En este libro, cada poema aparece precedido por su versión en mapuzugun. El idioma original permite a la voz lírica, siempre en primera persona, enfatizar su pertenencia a la cultura mapuche. Una voz que se dice y nos dice desde allá, para luego, en una especie de segundo movimiento, por medio del idioma español, aproximarse a “nuestro” espacio. Pero no es sencillamente una traducción, porque la lengua ajena se convierte en propia cuando la palabra se hace parte de los símbolos, mitos, rituales y religiosidad mapuche. Elicura Chihuailaf demuestra en estos textos que la diferencia intercultural puede atenuarse, o hasta en cierto modo diluirse, por medio del lenguaje poético.

Sus poemas nos internan en un mundo cotidiano y enigmático, similar al creado por los milenarios haikú japoneses. Versos en apariencia improvisados, surgidos del diálogo constante con el entorno y que, una y otra vez, nos sitúan al borde de una revelación. En un espacio animado y eterno, el hombre puede leer los signos cósmicos haciéndose parte de ellos. Así invalida cualquier distancia posible entre lo sagrado y lo profano, al decir: “Ebrio de Azul voy / entre el follaje / de la taberna sagrada”. Surge de esta forma un misticismo que admite que “el universo es una dualidad” en la cual “lo positivo no existe sin lo negativo”. En la naturaleza, hay espíritus benignos, fuerzas protectoras y también destructivas. Lo cual incide en una percepción de mundo que oscila entre la alegría y la tristeza, pero en la que termina por imponerse la sensación de gozo constante.

Chihuailaf presenta un hablante que conjuga la solidez de la sabiduría inmemorial con una apertura y claridad mental, cercana a la de quien recién se asoma al cosmos. Sin esforzarse por alcanzar artificiosos niveles de hermosura, eliminando casi la metáfora, escribe lo que ve y percibe, conectándose directamente con la plenitud de su mundo, como puede advertirse en los siguientes versos: “En la energía de la memoria la tierra vive” o “pasto soy haciendo señales a la lluvia /... que me moje esta agua / me oigo decir, bailando

entre las flores / al despertar me elevaré emocionado...". La intensidad de este lirismo, no deja de remitirnos a relatos de experiencias alucinógenas, en cuanto a intensificación sinestésica y visionaria.

Los textos de Chihuailaf se anclan en la constante apelación de sus padres, hijos, hermanos, amigos y la autoafirmación de su hacer: "La poesía es el canto de mis antepasados" o "creo que la poesía es sólo un respirar en paz / - como nos lo recuerda nuestro Jorge Teillier / mientras... por todas las tierras hago vagar mi pensamiento". Invocación que confirma a esta poesía en su desprendimiento de tremendismos e imposturas. Sustentada básicamente en un tono entre sencillo y extático, la escritura de Chihuailaf actualiza el tópico de que lo bueno merece leerse.

Patricia Espinosa

Crítica literaria chilena (En "Literatura y Libros" Diario "La Época", Santiago de Chile, 1997)

UN POETA DE SU TIERRA

“Lo que permanece, sin embargo,
lo instauran los poetas”.

F. Holderlin

La poesía y el conocimiento de la cultura mapuche son un fenómeno reciente.

Y esto no es algo de lo cual debamos extrañarnos, ya que desde los últimos gritos de orgullo de los hermanos Carrera y de O'Higgins, proclamándose herederos del heroico espíritu araucano en los días de la Independencia, no hemos hecho sino desconocer, desdeñar y hasta ocultar nuestros vínculos raciales y culturales con el pueblo Mapuche. Ahora sabemos que no se trata de un pueblo, como se creía, que por carecer de monumentos, pinturas u otros testimonios más perennes como los dejados por los aztecas o los incas no era digno de consideración. Cada día vamos sabiendo más de su compleja cosmogonía, de la rica tradición espiritual y ética de una etnia que ocupa, nada menos, que parte importante de nuestra propia sangre y nuestra tradición.

Y decimos más conocida en los últimos años, porque aunque se sabía de la riqueza de su pasado hablado (especialmente) y escrito, de sus tejidos, de su orfebrería y de sus costumbres a través de documentos recogidos por algunos religiosos (“La vida de Pascual Coña”, por ejemplo) y antropólogos, ese conocimiento había permanecido en el ámbito de los estudiosos y especialistas.

En el primer encuentro de poetas y escritores mapuche y no mapuche, organizado por Elicura Chihuailaf y el que escribe este comentario, donde participaron los más importantes escritores y poetas hace dos años en Temuco, una de las sorpresas mayores fue el alto grado de conciencia y de capacidad verbal y conceptual de los delegados mapuche para transmitir el rico legado de su visión del hombre, de su religión, la familia, y la naturaleza. Y, sobre todo, su alto sentido de identidad cultural del cual los chilenos carecemos en forma dramática, precisamente por haber negado y ocultado esa parte indígena que todos llevamos dentro.

Sin embargo, deseamos destacar en esta oportunidad al poeta Elicura Chihuailaf, precisamente por ser su último libro, de reciente publicación, “De Sueños Azules y contrasueños” (1995), parte de la obra de un poeta que va en camino de convertirse en el mejor representante del espíritu, tradición y cosmogonía de su pueblo. Elicura, ya conocido en Chile y en el extranjero como

un poeta e intelectual indígena, ha ido cercando, clarificando y cohesionando en sucesivas obras un auténtico universo lírico. Primero fueron sus libros, “El invierno y su imagen”, “En el país de la Memoria”, “El invierno, su imagen, y otros poemas Azules”, al que se agrega el presente, ganador del Premio (de carácter nacional) Mejor Obra Literaria -1994-, del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, que a su vez fue el proyecto con el que obtuvo una de las becas de la Fundación Andes.

Es importante, antes que nada, para el lector profano, conocer el sentido del color Azul y de los Sueños (palabras del título), dos aspectos muy importantes de la filosofía mapuche: el Azul tiene que ver con su visión del mundo y la zona de los orígenes, allí donde nace el pueblo Mapuche.

“Largos silencios, largos relatos
que nos hablaban del origen
de la gente nuestra
del Primer Espíritu mapuche
arrojado desde el Azul
De las almas que colgaban
en el infinito
como estrellas
Nos enseñaba los caminos
del cielo, sus ríos
sus señales”.

Curiosamente un poeta como Hölderlin, que según Heidegger representa la esencia de la poesía, tiene un poema que comienza: “En amoroso azul florece”, en el cual aparecen esos dos versos ya famosos: “Pleno de mérito, más poéticamente habita el hombre sobre esta tierra”.

Pero es Azul también el lugar donde se dirigen después de la muerte.
“Sufría yo pensando que alguno
de los Mayores que amaba
tendría que encaminarse hacia
las orillas del Río de las Lágrimas
a llamar al balsero de la muerte
para ir a encontrarse con
los Antepasados
y alegrarse en el País Azul”.

Resulta interesante observar aquí que la mitología mapuche se enlaza con la universal, la grecolatina, es decir con la tradición de los muertos que deben cruzar la Laguna Estigia previo pago al Barquero Caronte, que pasaba las almas

de una a la otra orilla del lago. Como se ve, en este aspecto se emparenta con las más viejas culturas, aunque no dejó monumentos, y su idioma, el mapuzugun (Mapu: Tierra, zugun: habla; lengua aglutinante y tan compleja como la alemana), da cuenta de una refinada y no menos delicada construcción espiritual y moral.

Otro concepto importante son los Sueños, instrumentos de alta precisión premonitoria y que conforman igualmente la fantasía, la añoranza, el recuerdo y la imaginación. “Sueño Azul”, titula Elicura el poema que recuerda su niñez, el aprendizaje de la poesía y la sabiduría de los antepasados:

“Allí, me parece, aprendí
lo que era la poesía
Las grandezas de la vida cotidiana
pero sobre todo sus detalles
el destello del fuego, de los ojos
de las manos
Sentado en las rodillas de mi abuela
oí las primeras historias de árboles
y piedras que dialogan entre sí
con los animales y con la gente
Nada más, me decía, hay que
aprender a interpretar
sus signos
y a percibir sus sonidos
que suelen esconderse
en el viento”

Elicura es conocido por su serena sabiduría, por su espíritu firme y equilibrado y por la calidad y contenido de sus opiniones nunca rotundas o maniqueas, sino abriéndose siempre como sus poemas a la duda y a variadas posibilidades: voz colectiva, mítica que viene de una larga tradición donde el tiempo es siempre reversible y circular. Sus poemas están hechos de ambigüedad y precisión. “Allí, me parece, aprendí lo que era la poesía”, pero a la vez con un claro conocimiento de los misterios de la música de los versos, que sabe perfectamente donde quebrarlos para aumentar su significación.

A través de su obra aparece la voz de los antepasados que aconsejan y de la cual es sólo un intérprete, un transmisor, heredero de una larga experiencia oral.

“Ponte de pie, parlamenta en tu tierra
aunque sientas tristeza, parlamenta

como lo hacían tus antepasados,
como hablaban ellos
(me está diciendo el Anciano
Julián Weitra)".

Elicura como Neruda, como Gabriela Mistral, como Whitman, como Kazantzakis, como Hölderlin, como César Vallejo es, por lo tanto, el poeta de una nación, de una cultura, y no porque pretendamos una interpretación antropológica, negación de la poesía misma según Heidegger, que sólo debe mostrar, hacer visible, fundar el ser, transmitir la voz de los dioses y los antepasados, sino porque comporta, además, una visión espiritual, cultural, específica: la transmisión de saberes distintos a los nuestros, todo sin proponérselo, porque simplemente le tocó ser el mejor heredero de una familia que conservó y mantuvo con especial celo los hábitos, la lengua y la voz de sus ancestros para entregarla a su pueblo, volviéndolo fundador gráfico de toda esa rica cosmovisión, sin perder una brizna de su calidad y espontaneidad estéticas. La edición es bilingüe y en ella ha tratado de mantener, como me lo dijo en una oportunidad, toda la musicalidad del original. Este carácter de iniciación lo describe, precisamente, sin alarde ni pretensión de liderazgo en el poema titulado "Iniciación":

"Mi Sueño se ha convertido
en la energía que vive y abre
las puertas de mi alma
Su aire estas Palabras
el Azul que su canto sostiene".

La cultura de un pueblo se conoce por su sentido tanto de la vida, de su relación con los antepasados, la naturaleza, con los demás hombres como en el significado de la muerte. Este es otro aspecto en que tendríamos mucho que aprender, pues entre los mapuche la muerte, como en las grandes culturas orientales (no en vano se supone que vienen del oriente), se mira con serenidad y confianza, sin dramatismo, sin pesimismo y con un cierto ánimo pánico, donisiaco; existe entre ellos, a diferencia nuestra, una cultura vital del más allá, de la muerte:

"La vida es breve, me dicen
Bebamos
y comamos los frutos de la Tierra
bailemos, ahora que nos hemos
vuelto livianos
como pájaros
Digo, antes de irme, besaré

el corazón de una mujer
(como lo hicieron mis Antepasados)
y por todas partes andaré
con mi rostro cubierto de hojas
y de flores
Que se trencen pediré
a las serpientes
para que los cerros me hablen
de sus Sueños

Desde la Tierra de Abajo
ya se desprenden los pájaros
guairaos
Adiós, me voy, ¿habrá por mí
buenos recuerdos?
Escucho a mis remedios llorando
mi partida
y mi alma solitaria dirá, muy
pronto, adiós
hundiéndose en poniente".

Toda una cosmovisión, un sentido de la vida y de la muerte. ¿No es este el significado antropológico, histórico, documental de un poeta de una etnia, de un espíritu, de una tradición? Nada de extraño que esta obra nos recuerde la relación con la naturaleza y con el más allá de la poesía china de la dinastía Tang, sobre todo al ya clásico Li Po.

En el poema titulado "Sueño Azul", que no dudamos será un clásico del mapuzugun y que comienza con una simple descripción lugareña: "La casa Azul donde nací está situada en una colina / rodeada de hualles, un sauce, castaños, nogales", habla de cómo en los dibujos que se iban creando en el telar, en ese arte maravilloso de los tejidos, se esconde y expresa toda una historia:

"...guardé en mi memoria
el contenido de los dibujos
que hablaban de la creación
y resurgimiento del mundo mapuche
de fuerzas protectoras, de volcanes
de flores y aves."

Sin embargo, una poesía, como decía Neruda, es un conjunto de voces y notas, y su tejido, sentido y trascendencia la dan la suma de los poetas de todas las categorías, de los más simples a los más estructurados y complejos que forman el paño, la trama espiritual de un pueblo. Pero a veces se da que a un poeta le

toca el mayor peso y el destino de dejar el más vasto registro de su cultura, y este es el caso que, por el momento, le ha tocado a Elicura Chihuailaf, en su poesía, por fortuna para chilenos y mapuche, se da de una manera más completa que en sus antecesores, una visión panorámica de lo que es un mundo moral, una categoría espiritual y cosmogónica distinta a la otra nuestra, la occidental, y que junto a ella puede conformar y estimular a una síntesis que nos ayude a una vida mejor, más cercana a los valores naturales, solidarios que con menos cosas materiales les dan un mayor sentido a la vida y a la muerte. Y esto lo tenemos aquí, dentro de los límites de nuestro territorio, sin necesidad de mirar ni reservar pasajes al mítico y lejano oriente.

Un poeta como Elicura Chihuailaf Nahuelpan es un privilegio, un don para el pueblo Mapuche y para todo Chile.

Jaime Valdivieso
Santiago, Abril de 1996.

Poeta, ensayista y narrador chileno. Autor de numerosos libros. Profesor Universitario y crítico literario.



Es hoy uno de los mejores poetas de América y quizás sea Elicura Chihuailaf quien haya lanzado el mensaje más completo para hacer de Chile un solo pueblo, reconocido y aceptado en su diversidad

por **Ernesto Sierra**

En clara referencia a *La Araucana*, del español Alonso de Ercilla, Andrés Bello llama la atención sobre el hecho que Chile es el único de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico. Dejando a un lado por el momento el sintagma "pueblos modernos" y otras sutilezas en los términos, el enunciado de Bello no deja lugar a dudas, y abre una línea de pensamiento, que nos permite afirmar que Chile es también el único de nuestros países que cuenta hoy con otro texto fundacional en las bases de su literatura y su cultura modernas.

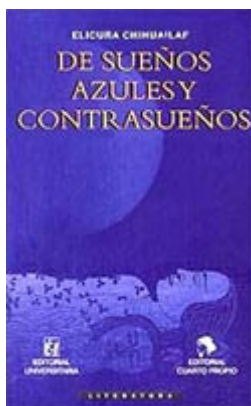
En un hecho inusitado y sin precedentes, el poeta mapuche Elicura Chihuailaf publicó en octubre de 1999 *Recado confidencial a los chilenos*, un texto en prosa que revela la cosmogonía, la visión histórica y actual, el sentir y el pensar del pueblo mapuche, confinado en la geografía y el espíritu del Chile moderno.

En 1995 Elicura había publicado el poemario *De sueños azules y contrasueños*. Vistos en su conjunto, *De sueños azules...* y *Recado confidencial...* pueden ser leídos como un solo texto, en el cual se complementan las imágenes del discurso poético y el narrativo.[1]

Si Ercilla, 500 años atrás, inmortalizaba con ojos europeos la conquista —no la fundación— sangrienta del territorio americano donde se asienta el Chile actual, si dejaba testimonio de la guerra desigual entre españoles y araucanos, en nuestros días, Chihuailaf le da voz a sus antepasados, a Lautaro, Caupolicán, Crepino, Colocolo, Tegualda, Glaura..., y a los contemporáneos, dejando testimonio, con ojos nativos, sobre la visión mapuche y sus acontecimientos. Chile cuenta así con dos pilares literarios excepcionales que sustentan su cultura y su historia.

Pero si bien podemos ubicar estos textos en un mismo nivel de significación social e histórica, sería un error hacerlo en el plano literario. Ercilla opta por el poema épico dentro del *corpus* literario de la Conquista, dominado por el modelo discursivo de la crónica y, en ese sentido asume una tradición: la de la épica clásica, aunque introduzca nuevas características, en función de la inmediatez de los hechos que asume como material literario. De ahí, la división de la obra en partes y cantos, la versificación utilizada o el asumir un código ético y honorífico entre ambos bandos, como si de Héctor y Aquiles se tratase.

Sin embargo, Ercilla presenta un tratamiento novedoso de la épica al asumir los personajes colectivos (españoles y



araucanos) y al incluir los personajes femeninos con un destacado protagonismo. En su apego por la veracidad, por el cuidado que pone en el valor testimonial de su texto, en su inclinación natural, Ercilla termina — como reconoce gran parte de la crítica— siendo un conquistador conquistado por el valor de los araucanos y por la exuberante naturaleza americana.

Por su parte Elicura asume una tradición bien diferente de la de Ercilla: la de la oralidad. Los códigos que maneja son válidos y funcionales en la conversación, en la expresión hablada. Y acepta el reto de llevar su mensaje, su “recado”, a mayor número de oídos receptivos construyendo una suerte de “oralitura”. Por eso reconoce primero su condición de “oralitor” y cuando cree necesario explicar el motivo de su texto dice:

¡Nos conocemos tan poco! (...) Es la razón por la que le entrego este recado confidencial, lleno de voces que quizás me “avalen” ante la suspicacia que el peso de la cultura dominante ha puesto sobre nosotros. Recado, porque es un Mensaje verbal (que se hace de Palabra) Confidencial, que se dice en confianza. La paradoja implícita en la coexistencia de nuestras culturas, de nuestros pueblos. (p. 11)

Así revela su mundo, el mundo originario de la tierra chilena. El recado cala hondo en la sumatoria de esas voces que anuncia el poeta. Su libro es pródigo en datos, citas, referencias, que denuncian e ilustran la difícil situación de las comunidades mapuche en el Chile moderno, esa “paradoja implícita” de la que habla. Y junto a esas fuentes, la voz mapuche. Para escribir su Recado, Elicura recorrió durante meses las comunidades mapuche de Chile y recogió la memoria y la voz colectiva de su pueblo. Ahí radica un valor fundamental de su discurso: el defender sus ideas asumiendo la tradición y la contemporaneidad.

Elicura es un escritor bilingüe que domina el castellano de manera excelente, maneja fuentes actualizadas, es hombre de amplia cultura y alza su voz con fuerza manejando los mismos argumentos de las culturas que oprimen la suya, aunque con los matices propios de su formación. La gravísima situación de las tierras, las aguas, la deforestación, el despilfarro de recursos, el mal uso de los recursos naturales y otros males de urgente actualidad, son tocados con mano de cirujano para llegar a la esencia del problema:

Estamos frente a un sistema que lleva a la autodestrucción humana; a la destrucción de la vida de las plantas, de los animales, y de los espíritus que gobiernan nuestro espacio sagrado (...) Como mapuche estamos obligados a decir y a demandar ante el mundo capitalista “moderno” que muchas de sus creaciones sirven muy poco a la integridad y felicidad humana. El sistema emergente de la famosa Revolución Industrial nos lleva a profundas contradicciones y actos de lucha donde nuestros valores no están considerados. (p. 100)

En todo momento se refiere con claridad a la relación antinómica entre los mapuche y el estado chileno moderno, conflicto que conoció sus tintes más agudos durante la dictadura de Augusto Pinochet, quien promulgó un grupo de leyes para poner punto final al “problema indígena y al asunto indígena”:



La política del desarraigo y asimilación conocerá un punto extremo tras el Golpe Militar de septiembre de 1973. El régimen militar adoptará el principio por el cual todos los habitantes de Chile son solamente chilenos, negando la identidad de los Pueblos indígenas y reprimiendo violentamente las organizaciones mapuche así como sus dirigentes (asesinatos y desapariciones). (p. 136)

El reflejo de esa situación lo complementa Elicura con la visión de su cultura. Si critica con ímpetu el despilfarro de la llamada civilización occidental, es por la importancia capital que concede su cultura a la tierra, a la relación del hombre con su entorno y la naturaleza, con la familia y las costumbres. Nos invita a conocer su pueblo, pletórico de sabiduría, de una ternura ancestral, de la poesía de los orígenes del hombre:

Aprendo entonces los nombres de las flores y de las plantas. Los insectos cumplen su función. Nada está de más en este mundo. El universo es una dualidad, lo bueno no existe sin lo malo. La tierra no pertenece a la gente. Mapuche significa Gente de la Tierra —me iban diciendo. (p. 19).

Deja vagar en la memoria el recuerdo del abuelo, los padres, los hermanos, las tardes en busca de yerbas para remedios, las noches en la intemperie donde alternaban los largos relatos con los largos silencios en que le revelaban el origen de los mapuche. El conocimiento de la estaciones: Brotes de luna fría (invierno), Luna del verdor (primavera), Luna de los primeros frutos (fin de la primavera y comienzo del verano), Luna de los frutos abundantes (verano) y Luna de los brotes cenicientos (otoño).

Pero, advierte el poeta que no vive en un mundo idílico y asume su contemporaneidad, donde se mezclan el campo y la ciudad, la estancia en su comunidad y los viajes, los vasos comunicantes entre un mundo y el otro. En medio, el poeta, el hombre que ama su familia pero que conoce su lugar en el mundo, lo acepta y vive como en estos versos:

Llueve, llovizna, amarillea
el viento en Ámsterdam
Brillan los canales
en las antiguas lámparas
de hierro
y en los puentes levadizos
Creo ver un tulipán azul
un molino cuyas aspas giran
y despegan
Tenemos deseos de volar:
¡Vamos!, que nada turbe
mis sueños —me digo
Y me dejo llevar por las nubes
hacia lugares desconocidos
por mi corazón (p. 39).

Es el poeta que sueña y navega en las aguas de la creación y el amor:

La poesía no sirve para nada
me dicen
(...) La poesía, la poesía
es un gesto, un sueño, el paisaje
tus ojos y mis ojos muchacha
óídos corazón. la misma música

Y no digo más porque nadie
encontrará la llave que nadie
ha perdido
Y poesía es el canto de mis
Antepasados
el día de invierno que arde
y apaga
esta melancolía tan personal (p. 59).

Es el lenguaje de la poesía, lenguaje universal, vehículo de comprensión y entendimiento entre los pueblos y así lo demuestra Elicura al revelar la identidad plural de su pueblo y la propia, la individual, al expresar los sentimientos más visibles y los más recónditos.

Es así, combinando el lenguaje directo de la prosa con la polisemia de la imagen poética, que se trasmite el *Recado... a los chilenos*. Elicura Chihuailaf dice "así hemos sido, así somos y aquí estamos, así tratamos, así nos tratan". Nos da a conocer el linaje espiritual de su pueblo y la tosca relación con sus coterráneos chilenos. Con voz firme, pero no belicosa marca las diferencias y llama al entendimiento. Su poesía se alza por encima de cualquier clasificación reduccionista. Es hoy uno de los mejores poetas de América y quizás como nadie, sea él quien haya lanzado el mensaje más completo para hacer de Chile un solo pueblo, reconocido y aceptado en su diversidad.

Nota:

1.- *Recado confidencial a los chilenos*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1999. *De Sueños Azules y contrasueños*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1995. Todas las citas se refieren a las mencionadas ediciones.

Elicura Chihuailaf: Los Sueños viven nosotros

“En Chile existe una gran tendencia a olvidar lo que somos y
qué es lo que nos mueve”

"Elicura Chihuailaf, mensaje en azul para un mundo sin color" |

Crítica

El Idealismo Mágico de Poeta Mapuche y Chileno

De Sueños Azules y Contrasueños
Elicura Chihuailaf. Editorial Universitaria,
Santiago, 1995, 109 páginas.

por Antonio Avaria 34

¿SE empieza a cumplir, tímidamente, el vaticinio de Neruda?: "Alguna vez veremos universidades araucanas, libros impresos en araucano, y nos daremos cuenta de todo lo que hemos perdido..." No es tanto, pero ya es algo este improbable esfuerzo de Editorial Universitaria: una edición en mapudungun y castellano de poemas escritos en ambas lenguas por Elicura Chihuailaf (Quechurewe, 1952). Fenómeno auténticamente bilingüe de dos originales y un mismo autor, acaso sin precedentes en nuestro medio.

Llama la atención la naturalidad y elegancia de esta lengua poética; es de la mejor cepa castellana y a la vez reflejo de la más pura tradición oral. Fluye sin afectación, sin costuras visibles ni efectos deslumbrantes o estridencias; ni siquiera se observa esa predilección por los inesperados arcaísmos que son tan notorios en los grandes poetas del mestizaje, como Gabriela Mistral o César Vallejo. Es una poesía limpia y fina, de impecable señorío verbal, revelación de un mundo lírico en que la palabra, para decirlo con el manoseado Heidegger, funda el ser. El filósofo de la Selva Negra, que amaba compartir el dialecto y el aguardiente de los campesinos, encontraría en el sur de Chile a un nuevo Hölderlin: "Ebrío de Azul voy/ entre el follaje/ de la taberna sagrada" (*Caminata en el bosque*). El tono eglógico renacentista, la serenidad de Fray Luis, el misticismo prerromántico (y ciertamente su *Flor Azul*), y esos andaluces que aprenden poesía, como Elicura, en "el destello del fuego, de los ojos, de las manos" (Bécquer, Juan Ramón, García Baena, Molina), despiertan en el lector al leer este bello y breve volumen.

Para el poeta y su pueblo, Azul es zona de orígenes, de belleza, de abismo y de una muerte que no atemoriza. ¡Qué maravillosa presencia de seres naturales, qué fusión de religión y poesía, qué sentido de la historia y el ancestro, qué dignidad cós-



mica posee el hablante, qué revelaciones hasta ahora inaccesibles nos deparan estos sueños azules! La naturaleza aquí nunca tiene un lado oscuro y tenebroso, pero la historia y el hombre duelen: "Mi padre y yo solemos charlar hasta/ la madrugada/ bebiendo del vino de la pena y la esperanza/ ¿Alguien puede evitar el otoño del oeste?/ me dice... / Hablamos de luchar, mientras los zorros/ cruzan gritando nuestros campos./ Mi padre y yo, envejecidos/ ahora nos miramos entre lágrimas." En versos libres y sueltos —blancos, diríamos en un anglicismo— Elicura Chihuailaf es un consumado artifice del ritmo y la rima interiores, un intermediario de experiencias clarividentes. "Nada de mí quedará en esta Tierra, me digo/ En su aire, sólo mis conversaciones con la Luna/ En sus aguas una flor: La levedad de la memoria."

Habría que transcribir entero el memorable poema *Sueño azul*; el poeta nos describe su mundo, sus años de infancia y aprendizaje, los seres a quienes ama.

"La casa azul en que nací/ rodeada de hualles, un aroma primaveral en el viento/ a miel de ulmos—"

"Hablo de la memoria/ sociedad idílica/ Allí, me quedé/ la poesía/ las grandezas/ sobre todo/ sus detalles/ el olor de los ojos, de las manos/ Sentí/ abuela oír las/ primeras palabras/ que dialogan entre sí, gente"

De sueños azules y contrasueños es una deliciosa para los ojos y el alma, quedan ojos y algún espíritu.

Siento que el viejo Alcaide me motive de esta nueva poesía, tándonos a citar a Mallarmé.

"De l'éternel azur la seigneurie/ Je suis hanté. L'Azur!"

► Ver Ficha

Antonio Avaria: Escritor y crítico (Suplemento de Libros del diario El Mercurio, Santiago de Chile)